

RONALDO MUNCK

MARX 2020

Traducción de  
JUANMARI MADARIAGA

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## ÍNDICE

<i>Prefacio</i> .....	7
1. MÁS ALLÁ DEL LABERINTO: EL MARXISMO Y LA HISTORIA. . .	21
2. ROJO Y VERDE: EL MARXISMO Y LA NATURALEZA . . . . .	49
3. SOVIETS MÁS ELECTRIFICACIÓN: EL MARXISMO Y EL DESARROLLO . . . . .	73
4. LOS SEPULTUREROS: EL MARXISMO Y LOS TRABAJADORES . .	97
5. UN MATRIMONIO INFELIZ: EL MARXISMO Y LA MUJER . . . . .	119
6. EL RETORNO DE LA SUPERESTRUCTURA: EL MARXISMO Y LA CULTURA . . . . .	147
7. UN DIÁLOGO DIFÍCIL: EL MARXISMO Y LA NACIÓN . . . . .	173
8. «EL OPIO DEL PUEBLO»: EL MARXISMO Y LA RELIGIÓN . . . . .	199
9. DESPUÉS DE LA CRISIS: EL MARXISMO Y EL FUTURO . . . . .	219
<i>Notas bibliográficas</i> .....	241
<i>Índice alfabético</i> . . . . .	271

## DESPUÉS DE LA CRISIS: EL MARXISMO Y EL FUTURO

En 2008/2009, apenas veinte años después de la caída del muro de Berlín y del «fin de la historia», según algunos, el nuevo capitalismo global sin restricciones entraba en una crisis sin precedentes. Los que habían ensalzado el nuevo mundo feliz de la globalización argumentando que se habían acabado las oscilaciones de expansión y contracción del pasado buscaban ahora en la obra de Karl Marx una explicación de qué había salido mal. La primera sección de este capítulo habla del «Marx renovado» y cómo sus instrumentos conceptuales pueden servir para entender el presente en cuanto a la dinámica y las crisis del capitalismo. La crisis actual tiene un claro antecedente en la Gran Crisis de 1929 y la recesión de la década de 1930, que se examina en la sección «La vez anterior» para recordar su dinámica y lo que es más importante, sus consecuencias políticas en el sugerente marco expuesto por Karl Polanyi. A esto le sigue un análisis de la reciente «Gran recesión», sus causas, su desarrollo y sus ramificaciones. Observamos en particular su impacto en términos del ascenso de las «nuevas economías» de China, India o Brasil. Para concluir volvemos a la vida «Después del Capitalismo», no en el sentido simplista de que «el fin está cerca», sino para mostrar que el análisis del capitalismo de Marx, como modo de producción históricamente limitado, era correcto. Aunque concede al capitalismo la capacidad para reconfigurarse y para salir revigorizado de una crisis, vemos señales de que el capitalismo está llegando a sus límites sociales y naturales.

## MARX RENOVADO

La «crisis del marxismo» anunciada con gran fanfarria por Louis Althusser (Althusser, 1978) se convirtió a partir de entonces en una característica central del debate en torno a Marx. Se culpaba de ella a «los enemigos del movimiento obrero», aunque Althusser admitía que también había que tener en cuenta los efectos del estalinismo, pero en definitiva se consideraba responsables de esa crisis a las «lagunas» y «enigmas» de la propia obra de Marx. Por supuesto, desde una perspectiva histórica a largo plazo, había habido anteriormente muchos anuncios de esa crisis, en particular un texto de Karl Korsch en 1931 que comenzaba declarando que «no se trata simplemente de una crisis dentro del *movimiento marxista*, sino de una crisis del *propio marxismo*» (Korsch, 1931).

La crítica de Althusser solo se puede llamar teoricista de acuerdo con su defensa de la «práctica teórica». Decía poco de la evolución del capitalismo y de la naturaleza de sus contradicciones y solo invocaba ritualmente a las «masas» en lugar de analizar los cambios acontecidos en la composición de la clase obrera desde la crisis de 1973 y las mutaciones que comenzaron entonces. En aquel momento Althusser seguía siendo miembro del Partido Comunista Francés y cabe suponer que había cosas que no podía cuestionar. Como todo el mundo sabe, en 1989 se iba a producir una crisis mucho más seria y profunda. Como dijo entonces Eric Hobsbawm: «Lo que estamos viendo no es la crisis de un tipo de movimiento, de régimen y de economía, sino su desaparición. Aquellos de nosotros que habíamos creído que la Revolución de Octubre era la puerta hacia el futuro de la historia del mundo tenemos que reconocer que estábamos equivocados» (Hobsbawm, 1991: 117). No parecía que se pudiera salvar mucho de aquel naufragio, ni siquiera una sola hebra teórica, ni había ninguna postura ética que defender, ni un solo elemento para la articulación de una comprensión marxista del mundo. Aquella derrota histórica (autoinfligida o no) del primer intento, y el más decisivo, de romper con el orden capitalista, parecía definitiva. Solo unos pocos grupúsculos políticos trataban de convencerse de que la crisis era una oportunidad, y de que ahora que el ídolo soviético se había derrumbado la única fe verdadera podía ser restaurada. Cuando Francis Fukuyama proclamó el «fin de la historia» en 1992, con lo que aludía al fin de visiones alternativas al capitalismo

liberal, captaba verdaderamente el estado de ánimo reinante en aquel momento. El capitalismo podría ahora expandirse sin trabas a escala mundial sin temer ningún tipo de cuestionamiento.

El mundo de la década de 1990 era paradójico para cualquier persona que otorgara la menor credibilidad al marxismo. La globalización —una «revolución» comparable a la Revolución Industrial— inició un proceso de transnacionalización económica, política, social y cultural, que aceleró enormemente la expansión del capitalismo. Los territorios que en otro tiempo se consideraban fuera de sus límites, donde prevalecían regímenes que se autoproclamaban socialistas, volvían al redil capitalista. Lo mismo sucedía con los estados de desarrollo nacional del Sur global, que habían encontrado algunos resquicios para un desarrollo semi-autónomo entre los llamados primer y tercer mundo. El desmantelamiento del contrato social keynesiano en el Norte se vio acompañado por la eliminación de cualquier forma de proteccionismo nacional en el Sur. Teníamos ante nuestros ojos al capitalismo real, con sus colmillos y garras ensangrentados, haciendo lo que estaba programado para hacer: expandirse continuamente, eliminar cualquier impedimento para su progreso sin trabas usando los medios que considerara necesarios para mantener la hegemonía del modo de producción capitalista a nivel mundial.

El ascenso del nuevo capitalismo globalizado e informatizado planteaba un desafío al marxismo pero también una oportunidad para renovar su arsenal teórico. Ahora estábamos de nuevo allí donde se hallaba Marx cuando emprendió el análisis del incipiente mundo capitalista nacido de la Revolución Industrial. El marxismo podía volver al punto de partida en la realización de la crítica más efectiva del orden capitalista. Uno de los análisis más influyentes del nuevo orden mundial fue el estudio en tres volúmenes de Manuel Castells *La era de la información* (Castells, 1996, 1997, 1998). Pese a toda su crítica del marxismo tradicional, y al descubrimiento de un nuevo vocabulario para describir el nuevo orden, su lenguaje era todavía inequívocamente marxista. Castells argumentaba que «en pocas palabras» el nuevo orden capitalista se basaba en una triple estrategia: «profundización de la lógica capitalista de la búsqueda de ganancias en las relaciones capital-trabajo; mejora de la productividad del trabajo y del capital, [y] globalización de la producción, la circulación y los mercados» (Castells, 1996: 19). En el núcleo del nuevo modelo estaba la relación entre el capital y el trabajo, y en ese sentido no había nada realmente nuevo.

La década de 2000 a 2010 se iba a demostrar decisiva para ese nuevo modelo de capitalismo, pero también hizo reaparecer en primer plano algunas de las ideas básicas de Marx. Lo que ahora se llamaba globalización había sido previsto por Karl Marx como una tendencia: «La tendencia a crear el *mercado mundial* viene dada directamente en la idea misma del capital. Todo límite se le presenta como una barrera a salvar» (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política I*: 360). Más claro aún si cabe era el diagnóstico de Karl Polanyi, influido por Marx, quien escribía en el momento de la Segunda Guerra Mundial que, con la expansión de los mercados no regulados, «podemos abarcar con una sola mirada todo el curso del liberalismo económico. Se necesitaba nada menos que un mercado autorregulador a escala mundial para asegurar el funcionamiento de ese pasmoso mecanismo» (Polanyi, 2001: 145; 1989: 228). La globalización se puede ver así como algo inherente a las tendencias expansivas del sistema capitalista. Según Marx, la oposición a él podría venir del proletariado que el sistema genera, mientras que Polanyi creía que provendría de un contra-movimiento intrínseco mediante el cual la sociedad en su conjunto se protegería contra los efectos destructivos del mercado no regulado.

El capitalismo en su encarnación actual ha sido considerado un «nuevo» orden globalizado, interconectado e informatizado, bastante diferente del capitalismo de la revolución industrial que Karl Marx conoció y trató de comprender. Es evidente que nos encontramos en una nueva etapa del capitalismo y analistas como Manuel Castells están acertados al desarrollar un nuevo lenguaje para entender su dinámica y contradicciones. Sin embargo, como han demostrado Duménil y Lévy, la caja de herramientas marxista puede ayudar a explicar las tendencias y transformaciones del capitalismo contemporáneo (Duménil y Lévy, 2009: 105). Según esos autores, Marx nos dejó en el tercer volumen de *El Capital* «un análisis muy sofisticado de lo que llamaba *tendencias históricas* del capitalismo (con respecto a la tecnología, la distribución, la acumulación, la producción y el empleo)» (Duménil y Lévy, 2009: 105). En particular, Marx era muy consciente de las contra-tendencias existentes en el capitalismo que le permitían contrarrestar la caída tendencial de la tasa de ganancia, como por ejemplo el desarrollo de las sociedades por acciones.

Marx proporcionó un estudio todavía muy valioso de las «leyes generales» de la acumulación de capital, su relación con el empleo, la

competencia intercapitalista y el efecto del ciclo capitalista. Fue muy claro también sobre lo que llamó la «anarquía» del capitalismo: su propensión a desarrollar espectacularmente las fuerzas de producción junto a su incapacidad para controlar las fuerzas que desencadena. Si pensamos en la globalización y sus tendencias expansivas podemos ver por qué ese auge no podía ser regulado de una manera sostenible. Si examinamos los tristes registros contemporáneos de las principales naciones capitalistas, vemos que subestiman el dramático impacto del cambio climático y parecen impotentes para tomar las medidas necesarias en caso de que eso pudiera interferir con la rentabilidad de las empresas capitalistas. A la luz de la reciente tendencia a la financiarización (hacer dinero del dinero y no mediante la producción), podríamos también poner de relieve el análisis del dinero realizado por Marx y su clara distinción entre las actividades financieras y la economía real en términos de creación de riqueza.

Es en relación con la naturaleza de las crisis en la economía capitalista en lo que Marx estaría en condiciones de proporcionar las lecciones más claras para las nuevas circunstancias que afronta hoy el capitalismo global. Todos los economistas entienden que el progreso del capitalismo es cíclico, con expansiones y recesiones; pero siempre tienden a encontrar causas circunstanciales (y no estructurales) de las depresiones o recesiones. La característica distintiva de la teoría de las crisis de Marx es su «énfasis en la *necesidad* de las crisis como una característica esencial e inevitable del modo capitalista de producción, que define los límites objetivos del capitalismo y la necesidad del socialismo» (Clarke, 1994: 7). La crisis no es contingente, sino que más bien expresa la naturaleza contradictoria del capitalismo. Sin embargo, no existe una única teoría marxista de las crisis, y en su exhaustivo análisis Simon Clarke distingue al menos tres explicaciones:

- subconsumo: se refiere a la tendencia del capitalismo a expandirse al tiempo que limita el consumo de las masas trabajadoras;
- desproporcionalidad: parte de la corriente revisionista postulaba, después de la muerte de Marx, un desequilibrio entre sectores capitalistas que podría corregirse;
- caída de tasa de ganancia: critica las dos anteriores entendiendo que se basan en cuestiones de distribución y que ignoran las relaciones fundamentales capital-salario-trabajo.

Quizás lo más notable es la forma en que Marx ha vuelto al debate público tras la gran recesión de 2008-2009, incluso entre los economistas más acreditados, sobre todo en relación con su teoría de las crisis capitalistas. Las teorías actuales, que tratan de explicar el estancamiento económico desde esos acontecimientos, son muy similares a las teorías marxistas del subconsumo de la década de 1970. Recientemente Lawrence Summers, un estrecho aliado de Wall Street que dirigió la unidad de desregulación financiera durante la presidencia de Clinton, ha proclamado que las teorías del estancamiento ofrecen una explicación adecuada para la crisis actual. Haciéndose eco del análisis subconsumista contemporáneo de la izquierda estadounidense (véase Foster y Magdoff, 2009), Summers planteó así la cuestión en 2013: «Dinero demasiado fácil, demasiado endeudamiento, demasiada riqueza, ¿hubo realmente una gran expansión [en la década de 1990]?... En cierto sentido, ni siquiera una gran burbuja fue capaz de producir un gran aumento de la demanda agregada» (citado en Streeck, 2014: 61). Cuando ese arquitecto de la financiarización y la desregulación declaró que el estancamiento secular se convertiría en la nueva norma, muy pocos economistas convencionales disintieron.

La marginación casi total de Marx y el marxismo en el discurso de la corriente principal de la economía (incluso de la más crítica) duró más de veinte años, pero en torno a 2010 volvía a tomarse en serio. El historiador Eric Hobsbawm, que había perdido poco antes la esperanza de cualquier resurgimiento del marxismo, argumentaba en su último libro en 2011 que al final Marx había vuelto a resurgir inesperadamente en un mundo en el que se le ha recordado al capitalismo que su propio futuro es bastante problemático. No se trataba de «la amenaza de una revolución social, sino de la propia naturaleza de las operaciones globales sin trabas, para las que la guía de Karl Marx ha demostrado ser mucho más perspicaz que la de los creyentes en las opciones racionales y los mecanismos de auto-corrección del mercado libre» (Hobsbawm, 2011: 398). Son las contradicciones básicas de la globalización neoliberal, la financiarización y la creencia en la capacidad del mercado para corregir sus propios excesos, las que un análisis inspirado en la obra de Marx puede contribuir a elucidar.



## LA VEZ ANTERIOR

En el periodo inmediatamente posterior a la recesión de 2008-2009 se produjo un intenso debate, especialmente en Estados Unidos, en torno a la naturaleza de la «última crisis anterior», esto es, el desplome de Wall Street en 1929 y la recesión de la década de 1930. El impacto de la conmoción provocada por los acontecimientos iniciados con la crisis de las hipotecas de riesgo en Estados Unidos en 2007 (véase la siguiente sección, «La gran recesión») fue tal, que el punto de referencia inmediato fue aquel *crash* histórico. Muchos de los altos directivos de la economía estadounidense tenían una considerable familiaridad, como académicos o profesionales, con aquellos acontecimientos. La razón por la que la Gran Crisis de 1929 es tan importante en términos globales es que marcó el final de la larga etapa de dominación mundial británica, desde más o menos la década de 1870 hasta la década de 1920. Estados Unidos salió reforzado de aquella *débaçle* económica y comenzó un proceso de reconstrucción que lo iba a convertir a mediados de la década de 1940 en la gran potencia hegemónica mundial. Aunque no podemos, desde luego, establecer paralelismos inmediatos entre los acontecimientos posteriores a 1929 y los más probables después de 2008-2009, hay sin duda lecciones a extraer del examen crítico de las crónicas y documentos de la época.

Karl Marx siempre concentraba su atención en la indefectible siguiente crisis del capitalismo. En 1857 le preocupaba incluso que la crisis comercial que preveía tuviera lugar antes de poder publicar el primer volumen de *El Capital*. Eso no ocurrió, pero el capitalismo ha funcionado siempre, entonces y ahora, espasmódicamente. La crisis de 1929 estuvo precedida por un largo periodo de estabilidad relativa y la breve expansión desenfadada de la década de 1920. Al igual que sucedió en la década de 1990, parecía entonces que el ciclo de auge y caída se había roto, que el mercado de valores siempre seguiría subiendo y que las burbujas especulativas en toda una serie de productos y activos darían lugar a una auténtica cornucopia de abundancia. Cuando se produjo el *crash*, fue espectacular y su impacto social masivo. Comenzó con la mayor caída bursátil jamás registrada y le siguió una larga recesión que los cronistas pensaban que nunca acabaría. En el centro estadounidense de aquel nuevo tipo de crisis capitalista, más de la cuarta parte de la población activa perdió su empleo al cerrar las em-

presas y los bancos, y la ejecución de los préstamos hipotecarios sobre los hogares y las granjas causó una miseria social masiva.

La depresión de la década de 1930 fue un acontecimiento catastrófico que aún tiene un marcado efecto sobre la política económica y la toma de decisiones en general. El gobierno estadounidense de entonces, presidido por Herbert Hoover, adoptó la política que se iba a conocer como «no hacer nada». Los gobiernos no podían poner en marcha los mecanismos de curación automática que debía generar el mercado. Si la caída tenía que ser más profunda y más personas debían perder su empleo antes de que se pudiera restaurar la rentabilidad, que así fuera, arengaba entonces desde Londres Von Hayek, precursor intelectual del neoliberalismo moderno. Sin embargo, prevalecieron las opiniones más prudentes de Keynes. Milton Friedman argumentaría empero más adelante, con el apoyo de su colega Ben Bernanke (que se encontraba a cargo de la Reserva Federal cuando se produjo la crisis de 2008-2009), que la contracción de la oferta de dinero exacerbó la crisis. Los bancos centrales no iban a volver a contraer nunca esa oferta y la «flexibilización cuantitativa» se convirtió en la respuesta gubernamental a la crisis. Si se podía frenar al menos la crisis financiera, evitando que entrara en caída libre, quizá se podría salvar de la infección a la economía real.

Los economistas y líderes políticos estaban divididos, como es comprensible, sobre «cómo responder» a la crisis de 1929 y la subsiguiente depresión. Para Joseph Schumpeter, un conservador que había estudiado a fondo a Marx, era esencial permitir que los acontecimientos siguieran su curso (Schumpeter, 1976). Esa era la posición liberal clásica: había que permitir al mercado lo que necesitara para restablecer el equilibrio. Había que purgar las deudas tóxicas, reasignar los recursos, y con ello se restauraría la expansión; Schumpeter lo denominó «proceso de destrucción creativa». John Maynard Keynes, en cambio, apenas estrenado como economista y asesor político, argumentó que había que estimular la economía por cualquier medio imaginable, incluida la inflación. Tanto Estados Unidos como Alemania emprendieron ese camino con fuertes medidas intervencionistas. Así se inició el enfoque «keynesiano» que produjo alrededor de treinta años de estabilidad hasta la década de 1970, cuando un nuevo descenso cíclico llevó al surgimiento de un nuevo paradigma económico, a saber, el neoliberalismo basado en un estado mínimo que no debe interferir en los mecanismos de mercado.

Tras la elección de Franklin Roosevelt como presidente en 1932, Estados Unidos optó por una política más intervencionista conocida como el *New Deal*. Si bien no consiguió superar inmediatamente la depresión, principalmente porque la crisis se había generalizado haciéndose mundial, fijó un nuevo tono. Con el colapso del patrón oro, Estados Unidos podía concentrarse ahora en la economía doméstica. Keynes había ganado la batalla de las ideas y se aceptó que había que utilizar medidas fiscales para estimular la demanda y que una redistribución del ingreso para impulsar el consumo de masas podía ser conveniente a pesar de sus connotaciones «socialistas». En términos de la política económica más amplia, la década de 1930 se consideró un fracaso del orden económico internacional, al haber perdido la gran potencia de la época (el Reino Unido) la capacidad para restaurar el orden, mientras que la aspirante a sustituirla (Estados Unidos) todavía no había adquirido la capacidad o la voluntad para hacerlo. El aumento del proteccionismo nacional y de las rivalidades entre las grandes potencias en términos de mercados era la alternativa y así sucedió, conduciendo la depresión a la Segunda Guerra Mundial y al subsiguiente horror infligido a la humanidad.

El impacto de la Gran Depresión de la década de 1930 fue muy diferente en América Latina, que comenzaba a salir de la esfera de influencia británica y de la división internacional del trabajo tradicional que la había confinado al papel de productor agrícola. El modelo agro-exportador que había servido tan bien a las clases dominantes desde 1870 hasta la Primera Guerra Mundial había dejado de ser viable dada la interrupción masiva del comercio internacional causada por la depresión. Aunque se mantuvo un compromiso residual con el crecimiento orientado hacia el exterior (que persistió en América Central), desde 1930 se produjo un giro decisivo hacia la sustitución de importaciones y un modelo de crecimiento introvertido que incluía el consumo popular. En Brasil, por ejemplo, se produjo una caída dramática en el volumen y el precio de las exportaciones de café que obligó al país a efectuar un viraje hacia la fabricación industrial, incluida la industria pesada. Aquel fue también el periodo en que los debates económicos internacionales se vieron dominados por los keynesianos al perder su antiguo lustre la «magia del mercado».

La economía política del desarrollo nacional ligado al modelo de sustitución de importaciones se vio acompañada por la sustitución del estado oligárquico por un estado popular nacional. Esto podía conlle-

var una posición política más o menos progresista pero creó en todo caso un espacio político intermedio entre el final del «imperio informal» británico en la década de 1930 y la consolidación del neocolonialismo estadounidense en la década de 1960. En aquel momento, y de manera más decisiva durante las décadas de 1970 y 1980, un nuevo orden mundial en torno al Consenso de Washington llevó a un rechazo de las políticas económicas expansivas y los regímenes políticos inclusivos del periodo anterior. Hoy día esas cuestiones vuelven a estar de actualidad, y al igual que en la década de 1930, en el actual periodo de crisis podemos esperar que surjan modelos económicos y políticos alternativos. Basta pensar en el modelo de desarrollo chino para entender que es poco probable que surja un nuevo Consenso de Washington hegemónico después del colapso en 2008-2009 del modelo monetarista ensayado por primera vez en Chile después del golpe militar de Pinochet en 1973.

Si deseamos obtener una visión más amplia de la década de 1930 y sus posibles consecuencias para los actuales patrones de poder y de conflicto, podríamos comenzar por la exposición realizada entonces por Karl Polanyi (Polanyi, 2001 [1944]), quien analizaba en *La gran transformación* el auge del mercado autorregulado después de la Revolución Industrial y del surgimiento del *laissez-faire* como ideología económica dominante en Occidente. La doctrina del liberalismo económico pretendía mercantilizar tierra, trabajo y dinero y apartar al estado de cualquier papel regularizador que pudiera haber tenido en el pasado. Esa «idea puramente utópica», como la llamaba Polanyi, destruiría la sociedad y la naturaleza al imponer las leyes de la oferta y la demanda una mercantilización cada vez más profunda de todas las relaciones sociales. El orden social surgido en torno a 1870 se derrumbó en 1929 con el *crash* de Wall Street y lo que vino a continuación. La singularidad de Polanyi es que postuló un contra-movimiento o doble movimiento simultáneo por el que la sociedad y diversos grupos sociales combatirían contra la devastación social a la que conduciría un mercado totalmente desregulado.

Polanyi había basado su planteamiento en un detallado análisis de la Revolución Industrial británica, pero cuando se publicó *La gran transformación* en 1944, el interés principal que despertó residía en las eventuales lecciones que podrían sacar los creadores del emergente orden de posguerra. Polanyi esperaba que los horrores del fascismo quedarán atrás gracias al establecimiento de un nuevo orden mundial

coordinado y regulado, lo que efectivamente se produjo hasta cierto punto con una macroeconomía mejor gestionada y más regulada que se mantuvo hasta principios de la década de 1970. Pero lo más interesante, desde un punto de vista actual, es que Polanyi percibió la posibilidad del surgimiento de diversas formas o movimientos de oposición, como podían ser el ascenso de Hitler en Alemania, el orden estalinista en la Unión Soviética y el *New Deal* de Roosevelt en Estados Unidos, nacidos todos ellos de la crisis del liberalismo económico en 1929. Lo que ocurrió en 1930, según Polanyi, fue el desenlace inevitable de los diversos intentos de restaurar la «época dorada» del capitalismo liberal anterior a 1914. Hoy día, evidentemente, no cabe esperar ninguna repetición de los acontecimientos de la década de 1930 ni podemos suponer que Estados Unidos perderá su posición hegemónica aunque estén surgiendo nuevas potencias mundiales. Sin embargo, si cabe esperar algo parecido a lo sucedido entonces, es, cuando menos, algunos reajustes. Parece poco probable un viraje hacia el aislamiento y la desglobalización, aunque no se puede descartar a largo plazo. Las potencias occidentales superaron con bastante diligencia la crisis capitalista de mediados de la década de 1970, al menos en parte, porque el espectro de la Unión Soviética aguzaba su determinación. Pero son tal vez las opciones políticas aparecidas en la década de 1930 las que ofrecen las perspectivas más sobresalientes para el día de hoy. Si el nazismo, el estalinismo y el *New Deal* eran todos ellos resuestas, aunque muy diversas, a los fallos revelados por los acontecimientos de 1929 y sus repercusiones, también hoy podemos esperar una gama de opciones en función de las ambiciones geopolíticas actuales de China, Rusia, Brasil y la India, la crisis de la Unión Europea y el dividido orden político en Estados Unidos.

### LA GRAN RECESIÓN

Hacia 2005-2006 pocas voces predecían un sobrecalentamiento en el mercado inmobiliario estadounidense; en general se creía que el dinero podría generar dinero indefinidamente. Se había creado un sistema —un mercado autorregulado, la financiarización, el turbo-capitalismo o la globalización— que sería perpetuamente dinámico y expansivo. Si nadie interfería —ya fueran gobiernos nacionales intrusivos o agen-

cias internacionales sobreprotectoras— seguiría dando el fruto del nuevo orden capitalista y sus partidarios. Comparándola con épocas anteriores de prosperidad capitalista global, esta parecía una auténtica Edad de Oro. Hasta los países y regiones del mundo a los que antes se conocía como tercer mundo, países subdesarrollados o el Sur global, participarían de esa bonanza: iban a ser las «economías emergentes». Hasta «los más pobres de los pobres» en el África subsahariana se beneficiarían cuando el nuevo capitalismo global acogiera esa región bajo su ala protectora; su población adquiriría teléfonos inteligentes y capitalismo, y el interregionalismo aparecería triunfante bajo la luz del nuevo día. Esa era la visión dominante del mundo cuando llegamos a 2007.

La crisis comenzó a madurar en lo que se conocía como sector de las hipotecas de riesgo [o *subprime*] en Estados Unidos, donde a las familias con rentas modestas se les ofrecían hipotecas que no podrían pagar a menos que los precios de los inmuebles siguieran subiendo indefinidamente. El modelo financiero consistiría, como parte de esa lógica, en crear continuamente burbujas, siendo la más famosa de todas ellas la de las acciones *.com* que se desinfló en 2000. Pero la burbuja inmobiliaria iba a verse golpeada ahora por los tipos de interés que subieron desde el 1 por 100 en 2004 hasta el 6 por 100 en 2007. La restricción del crédito estaba destinada a reducir el riesgo de inflación pero también hizo caer el precio de la vivienda y aumentó hasta un nivel récord el número de propietarios que incumplían sus pagos. Los bancos e instituciones financieras habían construido sobre esos débiles cimientos un enorme edificio de bonos de inversión, basado en la titularización de esos créditos. Freddie Mac, uno de los principales prestamistas de hipotecas, con una calificación AAA, garantizaba los préstamos. Cuando el colapso del mercado de la vivienda llevó inevitablemente al de los bonos de inversión, Freddie Mac (y otro banco hipotecario, Fannie May) tuvieron que ser rescatados por el gobierno. Pero era demasiado tarde y se había iniciado una tremenda contracción del crédito, al negarse cada uno de los bancos a confiar en los demás lo suficiente como para que siguieran funcionando con normalidad los préstamos interbancarios. Todo el sistema financiero estaba en peligro, dado el entrelazamiento mutuo entre todas las instituciones del sector financiero y en particular entre los bancos. Ya a mediados de 2007 Bear Stearns, una «gran firma» como banco de inversión, anunció la pérdida total de dos de sus fondos de cobertura [*hedge funds*]. Al final de aquel año la Re-

serva Federal estadounidense anunció un importante paquete de préstamos para ayudar a los bancos, pero la ayuda era insuficiente y llegaba demasiado tarde. A principios de 2008 se produjo una caída masiva en todos los mercados de valores. Aunque el centro de la tormenta estaba en Nueva York, los bancos del Reino Unido comenzaron a derrumbarse cuando se nacionalizó el Northern Rock a principios de año. En otoño las cosas llegaron al límite con el colapso de Lehman Brothers, uno de los bancos de inversión más importantes del mundo. No había ninguna intención de salvarlo, ya que la pérdida de disciplina financiera se consideró demasiado arriesgada para el futuro del sistema. Otra «gran firma» del sector financiero, Merrill Lynch, fue adquirida por el Bank of America. Para entonces Wall Street estaba en caída libre y el gobierno se vio poco a poco forzado a tomar medidas. Los tipos de interés cayeron a cero, la industria del automóvil políticamente sensible fue rescatada y se gastaron 700 billones de dólares en comprar deuda tóxica.

Para todos los interesados estaba claro que esos acontecimientos carecían de precedentes y muchos temían la amenaza de una gran catástrofe del capitalismo; como dijo Robin Blackburn, «la búsqueda innecesaria por los bancos de ventajas a corto plazo llevó durante la Gran Crisis de 2008 a la mayor destrucción de valor en la historia del mundo» (2011: 35). Era claramente una crisis sistémica y no solo parte de un ciclo económico normal. A diferencia de la situación en 1929, las principales economías capitalistas, y en particular sus sectores financieros, estaban tan entrelazadas que no había ninguna posibilidad de contención de la crisis. La tan cacareada Nueva Era Tecnológica no se había materializado y el capitalismo no había escapado de su naturaleza cíclica. La salida a bolsa de Facebook y la aparición de un sector de energías renovables difícilmente podrían ser los motores de una nueva etapa del capitalismo. La «destrucción creativa» de Schumpeter había permitido en el pasado que el capitalismo emergiera más fuerte y renovado de una crisis, como sucedió después de la década de 1930; pero ahora parecía que todo el modelo de la globalización, financiarización y privatización estaba siendo puesto en tela de juicio sin otra alternativa en el horizonte que una versión gestionada o regulada de la misma estrategia.

La reacción a este conjunto de acontecimientos sin precedentes fue mixta; al principio predominaba la incredulidad, y algunos economistas argumentaron incluso que el régimen del mercado no regulado no



se había puesto en práctica con la suficiente determinación, pero en general había una clara conciencia de que el nuevo capitalismo global se enfrentaba ahora a una crisis sistémica. Hubo quien dijo que «ahora todos somos keynesianos» cuando se evidenció la necesidad de una intervención del estado para evitar la catástrofe. Las instituciones y agrupaciones financieras internacionales de las principales economías se reunieron y acordaron que había que tomar medidas para evitar un retorno al proteccionismo nacional. Como señalaba Robin Blackburn poco después, «el gobierno debía ofrecer como medida de rescate liquidez ilimitada al sector financiero, dejando intacta la mayor parte del sistema» (2011: 35). Pese a todo lo dicho sobre la necesidad de regenerar el sector financiero para evitar otra catástrofe, al cabo de pocos años quedó claro que no se podían acordar importantes medidas a nivel transnacional. Pronto llegaría el momento de «volver a los negocios» con nuevos planes para hacer dinero a partir del dinero, pagando sustanciosos bonos a los arquitectos de esa máquina tan peligrosa.

En términos de su impacto a largo plazo en relación con un cambio en las relaciones de poder entre las grandes potencias imperialistas, la imagen aún no está clara. Es poco probable que vayamos a presenciar algo comparable al desplazamiento económico del Reino Unido por Estados Unidos tras la última crisis capitalista global. La mayoría de los analistas probablemente estarían de acuerdo con el veredicto de Andrew Gamble de que «aunque Estados Unidos puede sufrir un declive relativo —muchas de sus capacidades y su poder estructural son más débiles de lo que eran—, todavía no hay un claro aspirante a sustituirlo como potencia hegemónica» (Gamble, 2009: 139). Aunque el tamaño económico de la Unión Europea es similar, sus divisiones políticas cada vez más profundas la convierten en un candidato poco probable para asumir ese papel de nueva potencia hegemónica global. En cuanto a China, su potencial económico es enorme y si mantiene su curso actual es probable que acabe convirtiéndose en la mayor economía del mundo; sin embargo, no está preparada para un liderazgo global como lo estaban los Estados Unidos en 1930 y afronta contradicciones sociales y políticas enormes debidas a su industrialización marxista clásica y a los procesos de urbanización.

Uno de los aspectos más interesantes de la crisis global fue el interés que despertaron las llamadas «economías emergentes». Para muchos economistas convencionales, los BRICS y otros países invertirían la tendencia y ayudarían a la economía mundial a recuperarse. El anti-



guo economista jefe del FMI llegó incluso a declarar que «la situación de los países desesperadamente pobres no es tan mala como se podría pensar» (citado en Breman, 2009: 30). Esta declaración, transmitida por todas las redes creadas por la globalización, no solo minimizaba peligrosamente el impacto de la crisis en el Sur global, sino que también revelaba una peligrosa complacencia. Es cierto que algunos países, menos integrados en los centros financieros dominantes y sus prácticas financieras de riesgo (tales como Canadá, por ejemplo), sufrieron menos y durante menos tiempo, y también es un hecho que China, Brasil e India encontraron algún espacio para maniobrar durante lo peor de la crisis de 2008-2009 y que son las áreas de crecimiento capitalista del futuro. Sin embargo, en conjunto, una desaceleración global es mala para los países del Sur global y disminuye su capacidad para tomar medidas que los protejan, después de veinticinco años de neoliberalismo con el objetivo de «vaciar» el estado.

Las secuelas de la crisis económica fueron menos espectaculares de lo que se creyó en su momento. Se eligieron o nombraron gobiernos conservadores con la promesa de que la «austeridad» pondría de nuevo en marcha a la economía. Las medidas deflacionarias se hicieron *de rigueur*, al igual que el exhorto a la población de que se «apretara el cinturón» como si hubiera sido su despilfarro, y no el de los bancos, el que había provocado la crisis. Esa política antipopular ha dado lugar a una seria reacción política (por ejemplo en Grecia) cuyo efecto está aún por decidir. Para las corrientes políticas radicales del islam, esta crisis no hace más que confirmar la decadencia de Occidente y fortalece la demanda de desvinculación. En gran parte de América Latina se ve ahora la necesidad de establecer regímenes económicos y políticos independientes, no subordinados al neocolonialismo estadounidense. En los propios países centrales del capitalismo ha habido también una ola de revueltas, desde los *Indignados* en España hasta el movimiento *Occupy* en Estados Unidos. Un movimiento social de tal amplitud hace improbable que las políticas de austeridad alcancen la estabilidad basada en el empobrecimiento masivo que los administradores de la crisis desean.

Es, por supuesto, demasiado pronto para sacar conclusiones definitivas en torno al impacto a largo plazo sobre el futuro global de la crisis capitalista de 2008-2009, y no podemos establecer paralelismos inmediatos con 1929 y la depresión de la década de 1930. Pero observamos que la prensa de negocios sigue reflexionando sobre el futuro del capitalismo (algo que los comentaristas educados no acostumbra-

ban a mencionar siquiera) y hablan de un nuevo fantasma que recorre Europa (y el resto del mundo), a saber, «la destrucción de gran parte del marco institucional de globalización y el debilitamiento del orden internacional posterior a 1989» (Davis, 2011: 2). El mundo, efectivamente, parece ahora muy diferente de lo que preveía en 1989 Francis Fukuyama cuando el «fin de la historia» parecía cerca y se vislumbraba que el liberalismo económico y político reinaría sin oposición. Apenas han pasado veinte años y el mundo muestra un aspecto muy diferente: Estados Unidos es derrotado en una guerra colonial tras otra, el estado de Israel se muestra como el implante colonial que siempre fue («primavera árabe»), vastas zonas se ven sacudidas por la revuelta (Estado Islámico, América Latina) y la juventud del centro del imperialismo rememora 1968 (*Occupy, Indignados*).

Desde una perspectiva polanyiana a más largo plazo de los efectos de 2008-2009, podemos concluir que la sociedad creará contramovimientos para protegerse de nuevas mercantilizaciones y de la desvinculación de la economía con respecto a las relaciones sociales. La crisis ha puesto de manifiesto el fracaso de las políticas neoliberales para ofrecer un crecimiento sostenible e inclusivo. Por otra parte, el fracaso de las regulaciones nacionales para controlar el sector financiero apunta hacia una crisis del estado-nación. Ningún modelo de cambio social basado en una suposición de estabilidad y equilibrio será suficiente para entender la crisis actual y crear alternativas a la misma. Por el contrario, hay que poner en primer plano la inestabilidad y la complejidad, y comprender que hay contra-movimientos polanyianos en marcha con el fin de proteger a la sociedad de la mercantilización y la desvinculación de la economía con respecto a las relaciones sociales, características del capitalismo tardío, que fueron evidentes para todos durante los acontecimientos de 2008-2009 y sus consecuencias en diferentes partes del mundo.

## DESPUÉS DEL CAPITALISMO

No hace muchos años, referirse siquiera a la vida «después del capitalismo» habría bastado para ser llamado utópico negador de la realidad o algo peor. Y sin embargo, hoy en día hay una sensación profunda y generalizada de que el capitalismo, tal como lo conocemos, está lle-

gando a sus límites. El capitalismo está siendo incluso llamado por su nombre, y pocos analistas —conservadores, liberales o radicales— lo esconden ahora tras el eufemismo de «sociedad de mercado» o empresarialismo. Lo que presenciamos ahora es una conciencia general de que el capitalismo es propenso a la crisis, de que no tiene por qué ser eterno, y de que se puede uno preguntar seriamente cómo será la vida después del capitalismo. Esencialmente, podemos argumentar que el propio éxito de la «revolución globalizadora» del capitalismo desde 1989, junto con la crisis de 2008-2009, está creando las condiciones para su desaparición, al menos en su forma actual. No hay nuevas fronteras —geográficas, económicas o sociales— que pueden crear las condiciones para una nueva fase expansiva. Todos los rincones del mundo han quedado bajo el dominio del modo de producción capitalista y la mayoría de las esferas de la vida social que podían ser mercantilizadas lo han sido ya. Y en el fondo el doble movimiento simultáneo de Polanyi sigue operando y las contradicciones se acumulan.

En general, hemos observado un conjunto de tendencias entrelazadas: una continua caída de la tasa de crecimiento económico (incluso antes de la crisis de 2008-2009), un persistente aumento de la deuda pública y privada y un continuo aumento de la desigualdad en la riqueza y los ingresos (Streeck, 2014: 38-39). Esas tendencias, en su conjunto, teniendo en cuenta en particular que se autoreforzan, van contra lo que tradicionalmente se ha considerado esencial para la estabilidad del capitalismo, es decir, un crecimiento sólido, una «moneda sana» y una disminución constante de la desigualdad para aumentar la proporción de la población que se beneficia directamente del capitalismo. Esas características no se pueden proyectar indefinidamente hacia el futuro; para ser claros: tiene que aportar algo. La crisis de 2008-2009 ofreció una oportunidad para que el capitalismo global reconsiderara los problemas causados por la excesiva financiarización y la insuficiente democracia económica. Pero al final muy poco ha cambiado y hasta los tímidos llamamientos en pro de una mejor regulación del sector financiero cayeron en saco roto. Ningún organismo parece capaz de cambiar sustancialmente esa situación. Para Wolfgang Streeck, el «fin del capitalismo» ya «ha empezado», aunque no se pueda discernir una alternativa (Streeck, 2014: 50).

Si nos preguntamos qué orden económico, político y social podría surgir «después del capitalismo», Karl Marx suele ser considerado como un utopista sin remedio. El legado del leninismo y del estado

marxista-leninista tiene un gran peso a ese respecto. Por un lado, tenemos la creencia popular de que Marx distinguía entre una primera etapa poscapitalista llamada «socialismo» y una segunda llamada «comunismo». Aunque esa idea no tiene ningún apoyo textual, fue codificada en los manuales marxistas-leninistas, sobre todo soviéticos. Por otra parte, se toma fuera de contexto una cita utópica sobre el orden poscapitalista que habla de trabajar por la mañana, ir a pescar por la tarde y leer después del anochecer, que hace parecer a Marx irremediablemente poco realista e inconsciente de las enormes dificultades que habrá que afrontar en un futuro no capitalista. De hecho, Marx tenía una visión muy realista de la era poscapitalista y no era nada propenso a construir castillos en el aire, habiendo criticado muy duramente a los socialistas de su época que creían que se podía imponer una imagen del futuro, en lugar de entender que el socialismo brotaría del desarrollo orgánico de los elementos democráticos que ya contenía el capitalismo.

Con otras palabras, Marx no quería imponer al proletariado una visión de un futuro utópico, sino que más bien quería que construyera su propio futuro: «No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun todo el proletariado, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser» (Marx y Engels, 1844: 38). El comunismo no es, pues, una visión de la sociedad futura, sino más bien, el movimiento inscrito en las luchas sociales del presente. En sus últimos textos, por ejemplo sobre la Comuna de París de 1871, Marx dejó muy claro que no esperaba que el estado creara el socialismo, como algunos esperaban del estatossocialismo soviético «realmente existente». La «nueva sociedad» a la que se refería continuamente debía basarse en la transformación de las relaciones laborales y sociales. El trabajo no quedaría abolido, sino que individuos libremente asociados decidirían sobre sus prioridades y se esforzarían por la reconstrucción de la sociedad.

Muchos creen que Marx no especificó en realidad qué tipo de futuro poscapitalista preveía. Aunque no escribió nada sobre ese tema comparable a *El Capital*, sus premoniciones pueden inferirse de una lectura atenta de obras posteriores. Dice por ejemplo Peter Hudis, quien ha llevado a cabo un análisis minucioso de los escritos de Marx sobre el socialismo:

Su concepto de la alternativa al capitalismo brota de las mismas preocupaciones normativas que su crítica del capital. Del mismo modo que re-

prueba cualquier formación social que actúa a espaldas de los individuos, se opone a cualquier solución social que se imponga por encima de la actividad autónoma de estos (Hudis, 2012: 208-9).

El socialismo era para Marx mucho más que la abolición de la propiedad privada o del mercado. Esencial en su visión de la vida después del capitalismo es su concepción radical de la libertad; el libre desarrollo del individuo condiciona la eliminación de todas las restricciones sobre su actividad autónoma. Las relaciones sociales alienadas del capitalismo deben ser superadas para que los productores libremente asociados puedan crear una sociedad que vaya más allá del capitalismo.

Sin embargo, tal como le gustaba decir a Lenin, «Toda teoría es gris, querido amigo, y verde el dorado árbol de la vida» (Goethe, *Faust I*, Mephistopheles). Desde 2008-2009 los acontecimientos globales han sido realmente bastante impredecibles. La «primavera árabe» de 2011, por ejemplo, fue algo que nadie esperaba y tendríamos que remontarnos a la gran ola revolucionaria europea de 1848 para encontrar un paralelo histórico. Para Asef Bayat, «la extraordinaria sensación de liberación, la urgencia por la autorrealización, el sueño de un orden social justo, en resumen, el deseo de todo lo que es nuevo, eso era lo que definía el espíritu mismo de aquellas revoluciones» (Bayat, 2013: 78). A corto plazo, muchas de ellas se vieron sometidas por las fuerzas conservadoras y su gran beneficiario ha sido el islam político. Sin embargo, a largo plazo esos eventos se considerarán un punto de inflexión en el gran contra-movimiento que emerge para impugnar el orden neoliberal después de la debacle autoinfligida en 2008-2009. Karl Marx reconocería sin duda esas revoluciones democráticas como precursoras de cambios sociales dramáticos y como prueba de que millones de personas en todo el mundo quieren conocer una vida «después del capitalismo».

Si tuviéramos que ofrecer un medio para entender la vida «después del capitalismo» hoy día, tendríamos que empezar con las limitaciones de Marx y el marxismo, y no solo en términos del capitalismo que afrontaban en su época. Nancy Fraser ha pedido una concepción ampliada del capitalismo que reconozca no solo las contradicciones económicas analizadas por Marx, sino también las condiciones de fondo para la acumulación de capital, que incluyen la reproducción social, la ecología y el poder político (Fraser, 2014). Otra forma de decirlo es que un marxismo revitalizado para el siglo XXI deberá comprometerse mucho más estrechamente con el feminismo, la ecología y el poscolo-

nialismo. Creo que se precisará también un análisis menos determinista del capitalismo, con el que, más que cosificarlo, lo deconstruyamos y exploremos sus limitaciones y contradicciones muy reales. Del mismo modo que Marx definió el comunismo como la tendencia a la liberación en el presente, podemos encontrar múltiples formas de resistencia para trascender el capitalismo en las luchas cotidianas en todo el planeta.

En cuanto a los movimientos de oposición ahora en curso que apuntan potencialmente hacia una vida «después del capitalismo», podríamos comenzar por los que se asientan directamente sobre los fundamentos marxistas clásicos. La globalización significó la expansión del capitalismo a escala mundial y con ella la difusión masiva de la relación capital-salario-trabajo. Mientras que en 1980 había en todo el mundo unos 1.700 millones de personas empleadas mediante una relación salarial, ese número había aumentado a 2.900 millones en 2010. El final de la división internacional del trabajo tradicional Norte-Sur desde mediados de la década de 1970 generó una clase obrera industrial masiva fuera de los países centrales del capitalismo de la OCDE. Mientras que los trabajadores del Norte luchaban ahora por retener el progreso social alcanzado durante la gran expansión de posguerra, los del Sur están luchando, en gran medida como los trabajadores de *El Capital* de Marx, por asegurarse una vida decente. Una formulación dramática que captaba ese desafío potencial futuro al capitalismo es la afirmación de Mike Davis de que «los doscientos millones de obreros fabriles, mineros y trabajadores de la construcción chinos constituyen la clase más peligrosa del planeta (basta preguntar al Consejo de estado en Beijing)» (2011: 14).

La segunda corriente de movimientos de oposición surgió de los mecanismos señalados por Karl Polanyi como respuestas sociales a las depredaciones del mercado no regulado. Es la gente dedicada a la producción fuera del sector formal, considerada a menudo como «población excedente». Son los campesinos sin tierra, los moradores de los suburbios y la vasta mano de obra precarizada u ocasional del Sur global, así como la población amerindia recién politizada de los países andinos, que defiende sus derechos tradicionales contra el rampante capitalismo neoliberal. También en el Norte, al aumentar espectacularmente el desempleo juvenil desde 2008-2009, el movimiento de los Indignados en España y otros países, como el movimiento *Occupy* en Estados Unidos, desafían la legitimidad de un orden económico que

los deja sin futuro. Estos movimientos suelen ser defensivos más que ofensivos y son a menudo muy rudimentarios, pero introducen un peligroso grado de inestabilidad en los escenarios futuros del capitalismo; baste recordar que la revuelta egipcia de 2011 comenzó con una protesta contra la subida del precio del pan, algo parecido a lo que había sucedido con la Revolución rusa en 1917. Hasta el momento no se han forjado apenas alianzas entre esos sectores y las clases trabajadoras más tradicionales, pero eso no significa que haya que darlas por imposibles.

La tercera corriente de movimientos de oposición se identifica explícitamente como «anticapitalista», basándose en la herencia de 1968 y los nuevos movimientos sociales. El Foro Social Mundial comenzó esa crítica de la arrogancia epistemológica del Norte y proclamó que «otro mundo es posible». Las protestas chilenas de 2011, las de Grecia en 2012 y las de Brasil en 2013 dieron muestras de la participación mayoritaria de sectores juveniles educados. Como en 1968, la crítica del consumismo es central en la filosofía de esos variados movimientos sociales y culturales. El cambio climático global, la destrucción de los océanos y la contaminación urbana son cuestiones que preocupan todas ellas a esas capas desafectadas del capitalismo dominante. La preocupación por la calidad de la vida, el equilibrio entre la vida laboral y el ocio y las consecuencias de la precariedad motivan sus movilizaciones, cuya dinámica política puede ser muy variada: progresista en la protesta chilena contra la privatización de Educación Superior, pero bastante menos en el caso brasileño contra la corrupción en el Partido de los Trabajadores. Hasta la fecha esas diversas corrientes no se han unificado ni han establecido lazos firmes con el movimiento obrero más tradicional o con la rebelión de los «condenados de la tierra».

Difícilmente podríamos concluir mejor esta reconsideración del marxismo, cuando nos acercamos al año 2020, que con la definición del comunismo ofrecida por Marx y Engels en *La ideología alemana*: «Para nosotros, el comunismo no es un *estado* que deba implantarse, un *ideal* al que ha de ajustarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera el estado de cosas actual. Las condiciones de ese movimiento se desprenden de las premisas actualmente existentes» (1969: 35).